

EL DEFENSOR DEL OBRERO

Niños, al cine...

Comprendemos bien los apuros de una madre al tener que elegir entre el, sí de la debilidad, que llenará de alegría a sus hijos, y el no de la fortaleza, que les pondrá molinos y cabizbajos. Pero lo que no comprendemos es que una madre cristiana o un padre cristiano puedan de tal modo traicionar su conciencia, que a las peticiones contesten con esa concesión, que es criminal por su misma amplitud: «Id al cine, hijos míos, a ver si os divertís mucho; pero no volváis demasiado tarde.»

Y allá van los niños y las niñas, anhelosos de emoción a ver, a ver muchas cosas; a ver apaches que se tirotean; ladrones que huyen en automóviles; trenes que descarrilan; criminales que roban; tenorios que raptan; mujeres desvergonzadas que urden líos escandalosos, escenas de taberna y de bordel... todo eso van a ver los angelitos con la venia de sus papás, que han creído premiar su buen comportamiento del día o su aprovechamiento en el colegio con aquella frase por ellos tan suspirada: «Id al cine, hijos míos.»

Las dos tumbas

DOLORA

¡Cuán honda, oh cielo!, será,
fije, mi tumba mirando,
que va tragando, tragando,
cuando nació y nacerá!

Y huyendo del vil rincón
donde al fin seré arrojado,
los ojos me espantaron
dentro de mi corazón.

Mas, cuando dentro miré,
mis ojos en él no hallaron
ni un sér de los que me amaron,
ni un sér de los que yo amé

Si no hallo aquí una ilusión,
y allí sólo hallo el vacío,
¿cuál es más hondo, Dios mío,
mi tumba o mi corazón?

R. DE CAMPOAMOR.

Estudios Sociales

¿Es verdad que inspiran odio las cumbres?

No es verdad.

En términos generales las cumbres inspiran respeto y admiración.

Estos sentimientos son espontáneos y es precisamente por eso por lo que tienen que hacer es-

fuerzos extraordinarios para suscitar enconos contra ellas, quienes, por lo que se ve, consideran como una gran desventura que en el mundo haya algo más que arbustos enanos.

Todas las tempestades sociales y políticas tienden a abatir las cumbres y todos los que las desatan aspiran a subir a ellas.

Lo instintivo es mirar a las alturas y cual más cual menos todos llevamos dentro y desarrollamos en las circunstancias que estimamos propicias una fuerza ascensional: aproximarnos a la cumbre del sabor, del honor, de la riqueza, de la popularidad, de las públicas consideraciones es idea por todos sentida, incluso por quienes al parecer la desdennan y mañosamente la disimulan.

Suprimida la cumbre, quedaría *ipso facto* suprimido el más noble acicate del progreso. Progresar es ascender. El término «avance» es menos amplio que el vocablo «ascensión».

De todas las cumbres humanas hay para mí dos envidiables y no hallo inconveniente en declarar que son por mí envidiables, el talento y la virtud, dos aristocracias compatibles con todas las democracias, menos con las democracias de energúmenos, para las cuales puede constituir un ultraje la ciencia, una acusación la virtud y una ofensa la hermosura. En la historia hay casos.

Y entre la virtud y el talento pareceme que en términos generales hay esta diferencia: el talento, más bien que una conquista, es una dádiva para el que lo posee y para poseerlo—hablo de los sabios fábricas, no de los sabios almacenes—no ha puesto gran cosa de su parte; no así la virtud, porque ésta requiere constantemente el ejercicio de la libertad, la facultad de elegir entre lo bueno y lo malo, entre lo justo y lo injusto, entre las instancias del amor y las solicitudes del odio.

Caso clínico

—¿Cómo va mi pobre amigo?— preguntó el coronel Alienza al director de la casa de Salud, apenas le hubo estrechado la mano.

—¡Admirablemente! — excla-

mó el médico.—Salvo su manía, que los especialistas estiman incurable, ¡una pena! Por lo demás, él goza de la plenitud de todas sus facultades, y no cesa de trabajar ni un día. Ahora está escribiendo una Memoria, acerca de un nuevo procedimiento operatorio que acaba de descubrir. Y realmente, su mano maestra no ha perdido nada de su destreza. Yo mismo acudo a él en ocasiones para que opere a algunos de nuestros enfermos. ¡Con decirle a usted que le he confiado no ha mucho a mi propia esposa, atacada de apendicitis! Por cierto, que practicó la intervención de una manera magistral, tan magistral, que mi mujer se halla en plena convalecencia.

—¿Es un caso estupendo!—hubo de interrumpir con asombro el coronel.

Y tras de una pausa corta añadió:

—Y dígame, señor director: ¿habría algún inconveniente en ver a mi desgraciado amigo? ¡Es nuestra amistad una amistad de toda la vida. Estudiamos juntos en Chamartín! ¡calcule usted!...

El director del sanatorio no le dejó acabar.

Venga usted. Estoy cierto de que va a alegrarse mucho al verle. ¡Verá usted que sorpresa!

Instantes después ambas penetraron en la habitación de Bargueño, que escribía junto a una mesita abarrotada de libros y papeletes. Al ruido que produjo la puerta al abrirse el doctor levantó la cabeza, y se dispuso a abrazar al coronel, exclamando:

—¡Paco!... ¿Tú aquí? ¡Cuánto te agradezco esta visita! ¡Dame otro abrazo! ¡Chico, estás hecho un pollo! Pero... ¿qué ha sido de tu vida? Ya me contarás...

Y como el director se dispuso a retirarse discretamente, Bargueño le detuvo con un gesto y una sonrisa cariñosa.

—¡Quédate y siéntese, mi querido director... Aunque usted sea mi enemigo, reconozco también que es usted uno de los hombres más simpáticos.

Bargueño hizo una pausa, y dirigiéndose ahora al coronel, exclamó, siempre con la misma sonrisa bondadosa:

—El señor director es mi ene-

migo, ¿sabes?, mi enemigo jurado... No me deja salir de aquí, de este dichoso sanatorio... Pero apesar de eso, no le tengo rencor... Todo se arreglará, estoy seguro... Un médico como yo (y oree que sé algo de mi carrera) debe ser indulgente con los errores científicos o de diagnóstico de este género... ¡Aguardo mi hora, convencido de que sonará al fin... El director asintió con la cabeza.

—¡Orde usted, mi querido maestro — dijo, inclinándose—, que nadie aguarda con tanta seguridad y ardientísimo deseo como yo esa hora, ese momento anhelado en que pueda usted libremente reintegrarse a sus ocupaciones... Ello sucederá.

—Cuando yo esté curado, ¿no es así?...—le interrumpió el doctor con dulce ironía.—¡Sí, sí, me sé de memoria la «copia»!... ¿Sabe usted, mi querido director, que la idea fija es realmente en usted quien se manifiesta?... ¡La idea fija de que yo... estoy loco! ¡Oaramba, no pretendo que lo esté usted; pero... de estarlo alguno de los dos, tengo mis sospechas de que usted va delante de mí!...

El director inclinó la frente, sin contestar.

Bargueño siguió hablando tranquilo, ecuaníme, sonriendo a su discípulo.

—¡Ya ves tú!—exclamó—; yo reconozco que hay casos en que es muy difícil distinguir un hombre que está loco del que no lo está... Hay manías y manías... Hay la «manía» en el sentido científico del término, y que es, indudablemente, evidentemente, una de las formas de la ensajación mental... Pero hay también la «manía» en el sentido del lenguaje corriente la incoherencia mental, que no es más que la repetición excesiva de un hábito invertido, y que en realidad puede decirse que constituye únicamente un «gesto» del carácter... ¡Tal es mi caso! Sí; yo tengo una manía, y una manía que todo el mundo conoce bien, porque yo no la oculto... ¡Soy supersticioso! Es una necedad, una puerilidad, una cosa ridícula, lo que tú quieras, pero voy así... ¡Nunca he examinado a un enfermo en una habitación donde hubiese un paragnasi... Jamás he operado el